

Eje II: “Inventamos o erramos”. Epistemologías desde la periferia

Mesa 4: Historia de las ideas en América Latina, Caribe y el Sur Global

Título de la ponencia: **Aproximación en clave decolonial al pensamiento de Lafone Quevedo en relación con los diaguitas y su lengua**

Autor: **Mónica Elizabeth Décima** (UNCA)

Resumen

Las representaciones sociales, reflejadas a través de la producción documental de los primeros intelectuales del Noroeste argentino, abocados al estudio de las culturas precolombinas, nos lleva a preguntarnos cómo se construyeron los pilares epistemológicos del relato de nuestra propia historia. Puntualmente, nos interesa conocer cuáles son los argumentos sobre los que descansa el pensamiento de uno de los pioneros en los estudios de la prehistoria social y lingüística catamarqueña. Para ello, indagamos en las huellas de *Tesoro de catamarqueñismos* [(1894)1898], texto insoslayable para los que se adentran en el análisis de los vestigios del cacán, con el propósito de reconocer qué imágenes operaron y organizaron su constructo teórico. Resulta conveniente describir de qué modo su posicionamiento es atravesado por rasgos eurocentristas. Con ese fin, profundizamos en el trabajo de Lafone Quevedo (1835-1920), primer estudioso de esta lengua en épocas del surgimiento del Estado nación. Si consideramos con detenimiento su localización ideológica y sus creencias, comprenderemos, con mayor aproximación, el alcance de sus observaciones lingüísticas. Ante lo expuesto, desde una opción decolonial, exploramos las contribuciones de algunas de las principales fuentes lafoneanas que emergen en el texto, entre las que destacan Montesinos y Garcilaso de la Vega.

Palabras claves: Tesoro de catamarqueñismos, diaguitas, cacán, fuentes

[...] Para conocer un árbol hasta su última esencia, yo tendría que convertirme en árbol, y el árbol en mí. Imposible. quizá devorando el árbol podría resolver el problema, pero tampoco llegaría a mi conciencia, sino al estómago. El problema de la ciencia y del conocimiento es desagradable, porque allí

nos damos cuenta que estamos muy solos frente a la realidad. [...]

(Kusch, Rodolfo: 2007, p. 38)

Introducción

El estudio plantea un recorrido exploratorio por un carril de la historiografía regional decimonónica en diálogo con un pasado anterior¹ del cual se nutre. En esta convergencia de intereses, al adentrarnos en el conocimiento del cacán resulta insoslayable profundizar en el pensamiento de Samuel Lafone Quevedo, quien, en la segunda mitad del siglo XIX, desde Andalgalá, departamento de la provincia de Catamarca, se inicia en el estudio de los diaguitas, pueblo originario, identificado con el uso de la lengua extinta, conocida como cacán o caca. Los orígenes de Lafone fueron uruguayos, pese a que vivió, luego de formarse en Cambridge en estudios de latín y griego, en el Condado de Huasán (Andalgalá) por 35 años. Esto se debió a sus obligaciones familiares y empresariales, circunscriptas a la explotación minera en Minas Capillitas, lo que nos permite elucubrar que estamos ante la presencia del primer extractivista en la zona. Por lo que se advierte, también, pertenecía a la elite de su tiempo. Entre sus inquietudes personales más notorias, se encontraba el interés por conocer las raíces de la primigenia lengua catamarqueña. Estaba interesado en conocer a qué familia de lenguas pertenecía, ya que entendía que había desaparecido y no entraba dentro de la clasificación de lenguas argentinas propuestas por él. De modo que la relacionaba con el etrusco, como lenguas sin posibilidad de acreditar una filiación, debido a que ambas estructuras lingüísticas no poseían pronombres ni partículas pronominales. Sin embargo, basado en su propia búsqueda, catalogada en Tesoro de catamarqueñismos [(1894)1898], abona la idea de que el cacán “más tiene de Mataco que de Quichua, y que, probablemente, se aparta de aquel idioma en lo que conserva de un arrinconamiento muy anterior a la época incásica”. (S.A. L.Q, 1894, pág.8) Este posicionamiento lafoneano que roza lo mitológico da inicio a los planteos vertidos en esta investigación.

Según expertos (Bovisio, 2014, et al.), Lafone es el primer estudioso del cacán a la postre de los misioneros españoles,² después de la evangelización en América. Sabemos que existió en el siglo XVI una gramática de Arte y vocabulario cacano, escrita por el padre Bárzana, de la cual no quedan registros. Dicho texto, basado en lo que los

¹ Tiempo perfectivo que sitúa la acción, el proceso o el estado expresados por el verbo en un punto del pasado inmediatamente anterior a otro punto también pasado. Extraído del Diccionario de la lengua español.

² Dedicados a descifrar la lengua de los diaguitas sin demasiado éxito

españoles creían era una transcripción pertinente, estuvo teñido por un sesgo eurocentrista de los monjes que, sin ser expertos, la consideraron, desde su visión de mundo hegemónica, una lengua gutural de muy difícil aprendizaje para aquellos que no “la hayan mamado con la primera leche”.³ Por lo tanto, sin registros y al ser un sistema lingüístico ágrafo no quedó inventariado su uso. Los últimos hablantes nativos del cacán se registran entre los siglos XVII y XVIII, debido a que primero se impuso el quechua y, luego, el español en tanto lenguas generales, ya que alrededor de 1480, ingresaron en los dominios diaguitas los incas y, poco después, en el siglo XVI, los españoles.

En este contexto, Tesoro o Vocabulario catamarcano adquiere otra relevancia. No solo por el glosario de entradas cacas y quechuas, taxonomizadas por Lafone, luego de llevar a cabo un excelente trabajo etnográfico⁴, sino por sus hipótesis, consustanciales en gran parte a las ideas precientíficas⁵ que circulaban entre los primeros estudiosos de las culturas precolombinas en el siglo XIX. Motivos que resultan oportunos para detenernos en el pensamiento de Lafone Quevedo e intentar analizar sus ideas, relativas al mundo aborígen local, ya que es uno de los principales precursores⁶ de la bibliografía regional argentina que da cuenta de nuestros orígenes prehispánicos en América del Sur.

Ricardo Rojas, años después, en Historia de la literatura argentina. Ensayos filosóficos sobre la evolución de la cultura en el Plata (1948), le otorga el nombre de Los modernos a Lafone Quevedo, Juan Ambrosetti y Adán Quiroga, aun cuando, entiende que fue Lafone quien trazó el camino de los otros dos. Tal denominación resulta interesante, puesto que Rojas es uno de los artífices intelectuales de la construcción simbólica que se dará en llamar identidad nacional a principios del Siglo XX. Esta noción se vincula en forma directa con la representación de un modelo de Estado nación, con el territorio, con la/s lengua/s y, fundamentalmente, con los individuos que posean el ‘estatus’ de ser identificados como parte de dicho estado. Lo que nos lleva a reflexionar sobre el lugar que ocupó el hombre originario en ese andamiaje político-social que bocetea Rojas y que va a sentar las bases de nuestra propia representación colectiva como nación. Desde

³ Del jesuita Pedro Lozano. (1687-1752).

⁴ Característica que lo diferencia considerablemente de la mera interpretación y exégesis de Mitre, según Farro. M. (2013).

⁵ Propio del pensamiento mágico, mítico y religioso.

⁶ Lafone Quevedo, uno de los principales precursores en arqueología, historiografía, antropología, etnografía, filología comparada y lingüística

esta perspectiva, sin entrar en detalles, la figura del hombre originario de la región del norte argentino, a diferencia de otros pueblos indígenas del país, posee un valor agregado por su linaje, emparentado con las grandes civilizaciones andinas, según las representaciones intelectuales decimonónicas y de principios del XX. Por lo tanto, estas civilizaciones fueron vistas con una actitud positiva por quienes pensaron un proyecto de nación. (Mailhe, 2020). Por esta razón, enfocado en esa empresa identitaria de aceptación para unos y estigmatización para otros, el escritor tucumano detiene su atención en Los modernos. No obstante, siguiendo a Bovisio (2014), Lafone y sus colegas no solo fueron estudiosos de los pueblos originarios, sino que, en algunos aspectos, se distinguieron del evolucionismo positivista de los hombres de ciencia de ese momento por poner el acento en una interpretación de las representaciones simbólicas indígenas y no en la descripción de ellas.

De esta forma, se hace necesario revisar el trabajo de Lafone y releerlo, desde una perspectiva alternativa, es decir, necesitamos contemplar el relato histórico-epistemológico bajo el foco de una mirada decolonial. Si bien, este breve trabajo está supeditado y prosigue los requerimientos de un estudio más abarcativo que está en proceso, en esta oportunidad, indagaremos las hipótesis lafoneanas sobre los orígenes del pueblo diaguita y el cacán, poniendo el acento en la intervención de dos cronistas: Montesinos y Garcilaso de la Vega, fundamentales en la construcción de su pensamiento. No sin antes situarlo intelectualmente como un hombre que se autodefine americanista, es decir, alguien interesado en la prehistoria del noroeste argentino,⁷ con la particularidad de no ser “ni criollo ni foráneo”, en palabras propias. (S.L.Q. apud Haber y Delfino, 1993, pág. 8). En tal sentido, los americanistas, en su inmensa mayoría europeos, se dedicaron a estudiar las civilizaciones prehispánicas, sus religiones, mitos, lenguas y la naturaleza del hombre originario de América. En sus investigaciones, contemplaban a los originarios como objetos cristalizados, deshumanizados y ubicados en las antípodas del investigador. Típico rasgo de los americanistas del S. XIX, atravesados por un contexto positivista, con actitudes antiindigenistas, basadas en criterios negativos para con la figura del indígena (irracional/inferior/bárbaro/periférico), en las que el hombre blanco y etnocéntrico se percibía: superior/racional/civilizado/hegemónico. Asimismo, fiel a los gustos e

⁷ De aquí en adelante NOA.

intereses de la época, poseían una concepción modernista y romántica de lo exótico que los maravillaba. Por lo que el autor, motivado por esos tópicos, esboza en Tesoro dos supuestos relacionados con el origen de los diaguitas y su lengua.

El primero, sostenido sobre la presunción de que el ‘pueblo de los cacanes’ formaba parte de una civilización bastante anterior al período incaico y era contemporánea a la cultura de Tiahuanaco (1500 a.C. y 1187 d.C.). La idea de considerar a esta civilización, ubicada en zonas cercanas al lago Titicaca, cuna de muchos pueblos andinos, entre ellos los incas y los diaguitas, descansa en Lafone y en sus colegas a partir de las crónicas indianas de Fernando de Montesinos, en el siglo XVII. Por ejemplo, Bartolomé Mitre, amigo personal del uruguayo y detractor de la cultura aborígen local, en 1879, edita “Las ruinas de Tiahuanaco”, texto que hace alusión a la majestuosidad de la arquitectura de esa ciudad como así también a la complejidad de su simbología encriptada. En esa sintonía generacional, Lafone retoma la cuestión de la ascendencia de los diaguitas en casi toda su bibliografía, dedicada a la arqueología andina. De allí que en Tipos de alfarería en la región diaguito-calchaquí (Lafone, 1908, pág. 330) se haga la siguiente pregunta:

¿Quiénes fueron los inventores de este tipo de urnas? [...] es como para creer que responden á una cultura anterior á la de los Incas que allí fué arrinconada cuando se vino abajo aquel primer imperio del Perú del cual nos habla Montesinos en sus memorias⁸.

En ese marco, al estudiar las particularidades de la alfarería en la zona de la cultura diaguita, distingue que: 1) los antepasados de los diaguitas, posiblemente, provengan de la desaparecida civilización de Tiahuanaco y 2) en Montesinos, una de sus principales fuentes de información, ya que describía la ocupación y poderío en toda la región andina de este poderoso pueblo antecesor de los incas.

Al respecto, los arqueólogos Haber y Delfino (1993, págs7-8) retoman una de sus citas y subrayan la convicción de Lafone de que esta área de los valles catamarqueños fue ocupada por una gran civilización que sucumbió ante el ataque de pueblos bárbaros:

⁸ El subrayado es nuestro

Específicamente respecto a la región de Catamarca, (Lafone⁹) creyó en 'las invasiones de hordas salvajes o de Juries, que dieron en la tierra con algo, sino con el todo, de la civilización implantada por los pueblos Chichas, introducidos por los Incas o por los anteriores a la época de Tiahuanaco, que no excluiría un renacimiento bajo los auspicios de los reyes del Cuzco, que para mí no son más que restauradores de la civilización de un imperio viejo del Perú, cuyo gran centro se hallaba en el ya nombrado Tiahuanaco'' (Lafone, 1902a: 262 apud Haber y Delfino, 1993, págs.7-8)

De esta manera, Lafone al estudiar los orígenes del pueblo de los cacanes, también hipotetiza sobre su desaparición. Tiene presente y de forma recurrente como explicación de cambio histórico-lingüístico, tanto en la desaparición de Tiahuanaco como en la del pueblo diaguita, cataclismos naturales o la invasión de tierras por enemigos. Estaba convencido de que los diaguitas habían sufridos graves ataques de tribus vecinas y esto lo ve reflejado en la contaminación del cacán por otras voces. Cuestión que subraya en el valioso diccionario de etimología cacana y quechua, el cual elabora a partir de un criterio morfológico. Según Farro (2013), la partícula -co que significa agua y se encuentra en palabras tales como Coneta o Conando, es muestra de dicha interferencia lingüística. Lafone sostiene que aparece en la lengua de los araucanos y a la largo de toda América como consecuencia de la invasión de estos pueblos.

En esta línea, el correlato de la hipótesis de la procedencia de los diaguitas alimenta la idea de vinculación entre el cacán y otras lenguas americanas que corrieron la misma suerte y descienden del mismo tronco genealógico. Por caso, en el primer Prólogo de Tesoro (1894), menciona al uro, lengua de los altiplanos bolivianos, y, conjuntamente, las denomina lenguas arrinconadas o arrinconamientos de las cumbres, ya que estima que quienes las hablaban deben de haberse refugiado en las montañas ante eventos adversos. Para él, gran parte de las lenguas de la región andina, incluido el cacán y el quechua, descendían de una misma civilización prehistórica, la tiahuanacuense (tiahuanacota o tiahuanacano).

En este punto, es necesario hacer una digresión. Sumada a las premisas sobre el origen y parentesco del cacán, Lafone consideraba que existía, además, una red de representaciones simbólicas, a lo largo de toda América, con similar significación y esta se manifestaba en el arte alfarero diaguita a través de dibujos tales como la cruz y

⁹ Agregado nuestro

algunos animales. Son datos que ya aparecían en las crónicas de Montesinos y Lafone los retoma a la hora de analizar las urnas funerarias y la alfarería de la región. En nuestro propio trabajo de lectura intertextual, vemos reflejada la temática en otros textos del autor y en otros investigadores. Razón por la cual, a través de Bovisio, (2014) entendemos que existió un grupo de estudiosos de la época, entre ellos, Ameghino, Lafone y Adán Quiroga, que comprendían las imágenes, encontradas en objetos culturales diaguitas, a modo de pictogramas y, en consecuencia, interpretados como código o lengua:

Estos dibujos nos dan a conocer que existía un simbolismo con signos reconocidos, y fundándome en esto, en la universalidad de muchos de ellos en nuestro continente, es que no trepido en hablar de una lengua sagrada con simbología bien conocida tanto en el norte como en el sur”(Lafone, 1977: 21 apud Haber y Delfino, 1999, 5)

Los citados arqueólogos sopesan que “la idea de una lengua sagrada panamericana [...] suena excesivamente difusionista”, en nuestro caso, agregaríamos, como lingüistas, que, de ser factible, nos encontraríamos ante la presencia de dos lenguas, una hablada, el cacán, y otra, codificada por medio de ideogramas. La pregunta que nos podríamos hacer sería,

¿cómo un sistema semánticamente homogéneo puede ser decodificado de la misma manera en lenguas diferentes, con visiones de mundo diferentes desde América del Norte hasta América del Sur? Lo que nos lleva a pensar en que los primeros investigadores del NOA, eruditos del Mundo Antiguo e imbuidos por referencias de la historia universal, entre ellas las egipcias, propias de la época decimonónica en la que se formaron, extrapolaron la posibilidad de haber hallado un lenguaje común para las tres Américas, manifiesto en los rasgos de su simbología, cuya factibilidad de lectura estuvo dada por una misma lengua universal, desaparecida como resultado de las invasiones de pueblos salvajes. Cabe preguntarnos, si para Lafone esa lengua panamericana podría ser el cacán.

Otra de las hipótesis descansa en la idea de que el americano se vinculó con el no americano antes de los tiempos de Colón. En ese aspecto, Lafone pretende explicar el origen del hombre en América, validado por dos de sus principales fuentes históricas: el Inca Garcilaso de la Vega y Fernando de Montesinos, puesto que en estos dos cronistas se narra el mismo mito del Diluvio Universal para describir el origen del pueblo Inca.

Garcilaso basa su fábula en lo que sucedió después del diluvio, del que no se conoce si fue el mismo cataclismo bíblico de Noé o hubo otros similares que se repitieron. Lo cierto es que: “cesadas las aguas se apareció un hombre en Tiahuanaco, que está al mediodía del Cozco, que fue tan poderoso que repartió el mundo en cuatro partes y las dio a cuatro hombres que llamó Reyes.” (Historia general del Perú o Comentarios reales de los incas, 1609), ellos son Manco Cápac, Colla, Tócap y Pinahua.

Al parecer, la narración del Inca, además, de tener una mirada renacentista de la historia, por la elección de temas en los que aparece la figura del hombre y elementos de la mitología, observamos entre sus más íntimas convicciones la idea de un dios cristiano detrás del surgimiento y grandiosidad del Imperio Inca. No hay que olvidar que Garcilaso, a pesar de ser mestizo, lleva a cabo su formación intelectual en España y su obra ve reflejada esa dualidad, basada en contar la propia historia de su pueblo indígena andino por medio de un estilo culto y eurocentrado. Su relato de la historia peruana es acompañado a partir de un casi excluyente recurso literario: la fábula como género aleccionador y educativo.

Mientras que, Montesinos, en el capítulo primero de Memorias. Antiguas historiales y políticas del Perú (1882), cuenta que Ophir, nieto de Noé, pobló América después del Diluvio, inclusive considera probable que el mismo personaje bíblico haya pisado suelo peruano al intentar buscar tierra firme después del cataclismo. Montesinos, a diferencia del Inca Garcilaso, no posee un conocimiento profundo de la tradición grecolatina renacentista. Su inspiración la obtiene de la tradición medieval y, en particular, de la Biblia, su principal referente de consulta.

Como resultado de la semejanza entre ambos autores, advertimos una idéntica formación en cuestiones de fe, reflejada en las menciones de nombres y pasajes bíblicos del Génesis. Aun así, Garcilaso responde a un vasto conocimiento de lo greco latino, mientras Montesinos respalda su conocimiento en un dominio de la época medieval y de las escrituras bíblicas, es decir, dos de los historiadores más importantes del Perú poseen una clara e insoslayable mirada occidental, religiosa y eurocéntrica de los inicios de la historia latinoamericana. Esto significa que la construcción de la historia andina sienta sus bases sobre la tradición grecolatina y cristiana y no sobre un conocimiento de la cosmovisión indígena.

Estaba en lo cierto el doctor Tylor, quien pensaba que los ‘indios’ habían asimilado las creencias religiosas de los europeos a través de los misioneros de la conquista y que esto había sido un error para la propia construcción de su memoria. Argüía que los indios relacionaban cualquier evento cataclísmico, acaecido en América, con el Diluvio Universal del Génesis. Lafone, en su Ensayo mitológico: El culto de Tonapa (1879), menciona a Tylor, aunque cuestiona sus conclusiones y, en consecuencia, encuentra factible que los pueblos originarios hayan sido capaces de vivenciar esa clase de fenómenos climáticos y los recuerdos, permanecer en sus memorias:

El océano Pacífico encubre con sus aguas un vasto continente sumergido, que con las cumbres mas elevadas de su red de cordilleras nos ha dejado en herencia los archipiélagos del Mar del Sud, con sus fantásticas coronas de coralina. Las costas de nuestro continente denuncian el flujo y reflujo de grandes movimientos terrestres y submarinos, mientras que el mar Caribe nos conserva las ruinas de una parte, tal vez máxima, del continente que habitamos. Las costas de Europa acusan hundimientos de vasta extensión. Dados estos antecedentes, ¿sería acaso prudente negar la existencia de razas descendientes directas de los damnificados por aquellas convulsiones de la naturaleza? [...] Los misioneros interpretarían á su modo la tradición, apropiándose la al diluvio universal, error que de ninguna manera puede afectar el valor histórico de la tradición primitiva. (Lafone, 1879, pág. 324 (3))

Por lo tanto, no solo asume el pensamiento de sus fuentes, sino que da por válidos los mitos de ambos, encuentra en ellos una lógica a la que adhiere y en la que cree. Podríamos decir que estamos ante la presencia de un patrón de sincretismo histórico - religioso que surge en la colonialidad y logra ser avalado por un intelectual de fines del siglo XIX.

En Palabras preliminares de las Conferencias de Frankfurt, E. Dussel (1994, págs. 7-8) argumenta que, América con la Modernidad, surgida en 1492, entró en un proceso de encubrimiento del nativo, encubrimiento reflejado epistemológicamente no solo a partir de un relato vacío de contenido propio, sino repetido a lo largo de los siglos en una cadena de conocimiento falaz:

1492, según nuestra tesis central, es la fecha del "nacimiento" de la Modernidad; aunque su gestación -como el feto- lleve un tiempo de crecimiento intrauterino. La Modernidad se originó en las ciudades europeas medievales, libres, centros de enorme

creatividad. Pero "nació" cuando Europa pudo confrontarse con "el Otro" y controlarlo, vencerlo, violentarlo; cuando pudo definirse como un "ego" descubridor, conquistador, colonizador de la Alteridad constitutiva de la misma Modernidad. De todas maneras, ese Otro no fue "des-cubierto" como Otro, sino que fue "en- cubierto" como "lo Mismo" que Europa ya era desde siempre. De manera que 1492 será el momento del "nacimiento" de la Modernidad como concepto, el momento concreto del "origen" de un "mito" de violencia sacrificial muy particular y, al mismo tiempo, un proceso de "en- cubrimiento" de lo no-europeo.¹⁰ (Dussel. E. 1994, págs..7-8)

Desde ese andamiaje teórico que plantea Dussel, no es difícil suponer que Lafone, quien no solo es americanista, sino posee una sólida formación ilustrada bajo parámetros occidentales, erige su propio relato de los orígenes de los diaguitas y la lengua cacana sobre pilares históricos-mitológicos ajenos o, por lo menos, representa la esencia andina y americana, teñida de un sesgo eurocentrista.

A modo de reflexiones finales

Al detenernos en el estudio del texto Tesoro de catamarqueñismos, libro de lectura obligatoria para aquellos que se interesan en el estudio de la prehistoria regional del NOA, observamos en él, además del diccionario de entradas y voces cacas, quechuas y de otras lenguas vecinas, que su autor plantea un constructo de hipótesis, elaborado a partir de varias conjeturas, todas relacionadas con el origen del pueblo diaguita y de su lengua. Este erudito baraja la posibilidad de pensar con indicios suficientes que 1) la cultura diaguita-calchaquí descende de la civilización de Tiahuanaco y que 2) el cacán está emparentado con lenguas precolombinas, no así con las argentinas por dicho motivo. Sostiene, a su vez, que, es una lengua muy antigua, incluso muy anterior al quechua. Y, debido al avance e imposición de otras lenguas más fortalecidas, la lengua de los diaguitas sufrió un proceso de retroceso geográfico, denominado, por él mismo, arrinconamiento de las cumbres, debido a una serie de razones sociolingüísticas que causaron su desaparición. 3) Y, a nuestro entender, su presunción más sugerente refiere a los orígenes del hombre americano bajo la convicción de que sus antepasados se

¹⁰ El subrayado es nuestro.

hallarían emparentados directamente con los pueblos que poblaron los territorios sumergidos por las aguas del diluvio. De estos pueblos descendería el cacán.

Somos conscientes de los límites epistemológicos que nos impone revisar la teoría y las hipótesis de Lafone desde un presente y distanciados del paradigma positivista y colonial en el que se configuran sus estudios, sin embargo, analizamos que sus fuentes, tanto el Inca Garcilaso como Fernando de Montesinos, han escrito dos siglos antes de Tesoro. Lo que nos permite comprender que somos parte de una cadena de intertextualidades que comienza con la historia de los pueblos prehispánicos, continúa con los cronistas españoles hasta llegar a Lafone Quevedo, como resultado de un proceso de permanente retroalimentación semiótica hasta el infinito. Por lo que en este trabajo no existe otra posibilidad que no sea buscar significados a través de una serie de textos distanciados en el tiempo con la pretendida aspiración de que dialoguen en una polifonía de citas que nada refieren a realidades concretas, sino a orígenes mitológicos. Lo único real es el hombre que atraviesa los siglos, se nutre de mitos remotos y los interpreta a la luz de su contexto de reproducción. Y, nosotros, ubicados a principios del siglo XXI, pese a encontrarnos atravesados por una mirada decolonial, respondemos ante este espiral semántico que no deja de sorprendernos, con la necesidad de resignificar, releer y reinterpretar la historia precolombina del NOA desde esta orilla del charco. Formamos parte de una cadena semántica en permanente transformación y nos compete revisar los elementos argumentativos en los que se basó el relato de Lafone, pionero en el estudio del cacán, patrimonio cultural simbólico de nuestra tierra.

Bibliografía

- Arce, L. [Coord.] (2013) Aportes para una gramática dialectal del español hablado en Catamarca, Catamarca: Editorial Científica Universitaria de la Universidad Nacional de Catamarca.

- Bovisio. M. A, (2014) Supuestos y conceptos acerca de la imagen precolombina del noroeste argentino en la obra de Samuel Lafone Quevedo, Adán Quiroga y Juan
- Ambrosetti. Estudios sociales del noa. ISSN 0329-8256 (impresa) / ISSN 2362-2482 (en línea) 151 [151-185]
- Boehm de Lameiras, B. (1987) Fernando de Montesinos. ¿Historia o mito? México: El Colegio de Michoacán. [1-28]
<https://colmich.repositorioinstitucional.mx>
- De la Vega, G. [(1609) 1800] Historia general del Perú o Comentarios reales de los incas Madrid: imprenta de Villalpando.
- De Mauro, S. [Coord.] (2020) Actas I Encuentro Internacional: derechos lingüísticos como Derechos Humanos en Latinoamérica, Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. ISBN 978-950-33-1566-8.
- Dussel, E. (1994) El encubrimiento del otro. Hacia el origen del mito de la modernidad, Ecuador: Abya Yala.
- Farro, M. (2013) Las lenguas indígenas argentinas como objeto de colección. Notas acerca de los estudios lingüísticos de Samuel A. Lafone Quevedo a fines del siglo XIX. Revista de Indias, 2013, vol. LXXIII, n.º 258 Págs. 525-552, ISSN: 0034-8341 CONICET/ Archivo Histórico del Museo de La Plata (UNLP).
- Haber, A. & Delfino, D. (1993): De Pilciao a La Plata. Samuel Lafone Quevedo en la constitución de las ciencias antropológicas del Noroeste argentino. Catamarca: Centro de Investigaciones Arqueológicas, Escuela de Arqueología, Universidad nacional de Catamarca.
- Nardi, R. (1979): El kakán, lengua de los diaguitas, Buenos Aires: SAPIENS N°3. Museo Arqueológico “Dr. Osvaldo F.A. Menghin”.
- Lafone Quevedo, S. & Schickendantz, F. [(1881) 1999]: Memoria Descriptiva de la Provincia de Catamarca, Dirección General del Centro Editor. Universidad Nacional de Catamarca.
- Lafone Quevedo, S. [((1894)1898)1999]: Tesoro de catamarqueñismos. Nombres de lugares y apellidos indios. Palabras y modismos usuales en Catamarca, Dirección General del Centro Editor. Universidad Nacional de Catamarca.



- Mailhe, A. (2020) ¿Legados prestigiosos? La revalorización del sustrato cultural indígena en la construcción identitaria argentina, entre fines del siglo XIX y los años treinta. Working Paper No. 23, 2020.
- Montesinos. F. de [1644(1882)]. Memorias antiguas, historiales y políticas del Perú, Madrid: Imprenta Miguel de Ginesta.
- Palacios Alcaine, A. [Coord.] (2008): El español en América. Contacto lingüístico en Hispanoamérica, Barcelona: Ariel Letras.
- Kusch, R. (1976) El miedo a ser inferior en Geocultura del Hombre Americano. Buenos Aires: Estudios Latinoamericanos.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Diccionario de la lengua española, 23^a. ed., [versión
- 23.6 en línea]. [28-02-23] <https://dle.rae.es>
- Rotaetxe, K. (1988): Sociolingüística, Madrid: Síntesis.
- Tovar, A. (1961): Catálogo de las lenguas de América del Sur, Buenos Aires: Sudamericana.